rosa devocion, y otros los manifiestan en sus manos copiando en sí su santidad, y que este último modo de honrarlos es la corona y perfeccion de todos los demás.

¿Quién de nosotros, viendo las adorables personas de Jesus y de su Madre, no se arrojaria á sus piés para besarlos y abrazarlos y derramar su corazon en su presencia? Es cierto que estamos privados de tanta dicha; pero consolémonos tomando sus nombres en vez de sus personas, grabándolos en nuestra memoria, imprimiéndolos en nuestros corazones, pronunciándolos muchas veces con el mas profundo respeto, gustando su dulzura y diciendo enternecidos: ¡Oh Jesus y María! ¿por qué no os vemos? ¡Oh Jesus y María, bellezas hechizadoras, á cuya sola vista estáticos los cielos se abrasan en amor! ¿Hasta cuándo estarémos privados de vuestra deliciosa presencia?

CAPÍTULO III.

Admirable es la conducta que observó la divina Providencia con S. Joaquin y Santa Ana, padres de la Reina del cielo. Ella es quien humilla y exalta, quien mortifica y vivifica, quien empobrece y enriquece, y que parece quitarlo todo á las almas á quienes quiere dar con mayor profusion. Humilló á S. Joaquin y Santa Ana, haciéndoles sufrir por espacio de veinte años, segun S. Gerónimo, y de cuarenta segun otros, el oprobio de la esterilidad en su matrimonio, que era un estado de humillacion en el pueblo de Israel y que regularmente

acarreaba desprecios, además de la tristeza y aflicciones personales que le eran inseparables; y despues de esta larga prueba de paciencia los coronó de gloria con la fecundidad mas honrosa que hayan visto los siglos, si se esceptúa la de su ínclita Hija.

Para probar su virtud hizo que ambos naciesen estériles, conservándolos en tal estado casi hasta la decrepitud, y cuando todo parecia desesperado, y ya habian perdido la lisonjera idea de revivir en su posteridad les dió aquella preciosa Hija, de la cual habia de nacer la verdadera vida de los mortales, haciendo con tan maravillosa dádiva que jamás muriesen en la memoria de los hombres, y que todas las generaciones los bendijesen por el fruto de su seno.

Ahora bien, si la gloria de su hija proviene del ser madre del Hijo de Dios, como dice el Evangelio, que ha hecho su panegírico con estas pocas palabras: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus;* y si santo Tomás nos asegura que midiendo sus grandezas por esta dignidad, se halla una especie de infinidad, ¿nó debemos discurrir en la misma forma afirmando que la gloria de Joaquin y Ana consiste en ser padres de la Santísima Vírgen, pues por ella tienen la dicha de contar entre sus hijos al Hijo de Dios, y por él en cierto modo pueden mirar á todos los cristianos como su gloriosa posteridad? ¡Ah que si por esta parte medimos su grandeza, verémos que se eleva sobremanera!

¿Pero cómo dispuso Dios aquella tierra estéril para que produjera un fruto tan perfecto? Primeramente viéndose ellos estériles en cuanto á los hijos, se propusieron hacerse fecundísimos en buenas obras; empleaban su vida en ayunos, oraciones y limosnas, muy distantes de la odiosa y sórdida avaricia de aquellos que viéndose privados de hijos que les hereden, se desviven por acumular riquezas, ya porque no pudiendo poner en los hijos su corazon, lo ponen en sus bienes, ya porque no esperando otro apoyo en su vejez, se imaginan hallarlo en sus tesoros. Ciegos que no siguen el consejo del Evangelio, que nos exhorta á que distribuyendo las riquezas á los pobres, nos hagamos con amigos en el cielo, á fin de que nos reciban en

los tabernáculos eternos cuando nos hallemos sin amparo y sin hogar.

En segundo lugar, considerándose como árboles secos hasta en su raiz, procuraban regar su esterilidad con la abundancia de sus lágrimas, bien persuadidos que las que brotan de un corazon contrito y humillado son á manera de una lluvia del cielo que fecundiza la tierra donde cae: por esto los compara S. Juan Damasceno á dos tortolillas inconsolables que amándose tierna y fielmente no pueden consentir en que las separe larga distancia. Santa Ana lloraba en su jardin y S. Joaquin en el monte, y sus lágrimas que procedian de una misma fuente, subian juntas al cielo á presentarse de consuno delante de Dios.

Considerando aquellas aguas S. Vicente Ferrer, creyó ver lo que está escrito en el *Génesis*, «que el Espíritu de Dios volaba ó era llevado sobre las aguas». Entiende por el espíritu de Dios al arcángel S. Gabriel, espíritu enviado por Dios y llevado sobre las aguas cuando los consoló asegurándoles que eran oidas sus oraciones y que se cumplirian sus deseos. ¡Qué poderío el de las lágrimas, pues hacen bajar del cielo á los ángeles, los cuales hallan sus delicias en el dolor y las sombras de un corazon afligido! ¡Cuán admirable es su elevacion, pues tienen alas para subir hasta el trono del Altísimo que jamás las repulsa! ¡Cuán prodigiosa su virtud, pues siempre obtienen cuanto desean! ¡Ay de nosotros que hacemos los mayores esfuerzos para no tener nunca que llorar!

Parece que en vano nos dice el Evangelio: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» El mundo piensa de un modo muy diverso: los que buscan la felicidad como lo hace la mayor parte de los mundanos, huyen de las lágrimas y no quisieran mas que reir y divertirse; y no porque en ellos se haya secado la fuente del llanto, puesto que las calamidades humanas suministran suficiente motivo para llorar; sus lágrimas empero solo sirven para hacerlos mas desventurados. Otras hay que hacen felices y se convierten en alegría: vienen del cielo, son un regalo de Dios; y quien conociera su valor antepondria una sola lágrima de esta especie á todos los goces de la tierra. Fingieron los antiguos idólatras que su Venus, madre de la deshonestidad, habia nacido de las aguas del mar; y si con esto querian decir que está siempre sumergida en tempestuoso piélago de amarguras, lejos de ser una fábula, es una de las verdades mas comprobadas por la esperiencia: pero decir que María, madre de la pureza, ha nacido del rocío del cielo, entendiéndose por este rocío las copiosas lágrimas de sus padres, es otra verdad no menos comprobada aunque infinitamente mas dulce y halagüeña; pues si Joaquin y Ana no hubiesen derramado tantas y tan perseverantes lágrimas, no tendrian la gloria de haber dado en su hija á Dios una madre y al universo el principio de todo bien.

No parece sino que la divina Providencia hubiese esperado que su avanzada edad como el invierno de su vida helára sus venas, estinguiendo los sentimientos de amor que inspira la naturaleza para animarlos con las purísimas llamas del amor divino. Las mujeres de la ley antigua deseaban tener hijos, porque todas aspiraban á ser madres de la Madre del prometido Mesías: *Mulieres veteris testamenti ad Mariam tendebant.* Y tan piadoso anhelo corregia en gran manera el defecto de la natural concupiscencia. ¿Y se dudaria de que S. Joaquin y Santa Ana, á quienes el arcángel Gabriel reveló que alcanzarian tan soberana dicha, sintiesen abrasado su corazon en el mas ardiente deseo de dar al mundo la Madre del Reparador del género humano?

Este piadoso deseo no tenia mas orígen que su inmaculada caridad. Su único blanco era la gloria de Dios; no miraban sino á la salud del mundo; no atendian sino á aquella fuente inexhausta de gracias, que habia de convertir tantos millones de pecadores y coronar á innumerable multitud de ellos en el cielo. Santa Brígida nos enseña que la misma Señora ha revelado que sus padres no tuvieron la mas mínima sensacion de placer al producirla, sino que elevadas sus almas en sublime contemplacion de las maravillas que iba á obrar la infinita misericordia por medio de la encarnacion del Verbo, tenian el espíritu todo embebido en solo Dios, y el corazon abrasado única-

mente en su celestial amor. Y en verdad, ¿quién no confesará que de esta suerte debia ser concebida una madre de Dios, la cual permaneciendo vírgen habia de dar al mundo á un Hombre Dios por obra del Espíritu Santo?

María fué el delicioso fruto de las virtudes de estos santísimos esposos. ¡Cuán magnífico espectáculo ofreceria á los ojos de Dios el conjunto de las eminentes cualidades, que hermoseaba aquellas grandes almas! ¡Cuán asombroso el prodigio de la fecundidad, que les comunicáran haciéndoles producir á la Madre de un Dios cuando la naturaleza era en ellos impotente!

La religion estaba tan arraigada en sus corazones, que todo su contento fué estar al pié de los altares; y habiendo dividido en tres partes sus bienes, para el templo destinaron la principal. Sus oraciones eran continuas, y sus sacrificios tan frecuentes que muchos han creido que S. Joaquin fuese sacerdote.

La humildad, que es cimiento de todas las virtudes, acompañaba su religion, y fué la que conservó la dulzura y la paz en su alma cuando con grave injuria le arrojó del templo un indiscreto sacerdote en ocasion de haberse presentado á ofrecer al divino altar sus dones: ella quien ejerciendo igual dominio en Ana, le hizo dar gracias á Dios por la afrenta que recibia en la persona de su esposo.

La soledad, el silencio, la oracion y la íntima union con Dios hacian que ambos tuviesen el espíritu muy lejos del mundo y estasiado en el santuario de la Divinidad. Ana oraba en su huerto. Joaquin en su desierto oraba sobre el monte á ejemplo de Moises, que despues de hablar familiarmente con Dios bajó del Sinaí con el rostro tan brillante y encendido que le fué preciso cubrirse con un velo para que el pueblo le mirase sin quedar ofuscado por tantos resplandores. Por lo cual juzgó S. Metodio que era muy creible que Moises hubiese penetrado los secretos divinos y tuviese un conocimiento claro del misterio de la Encarnacion; pues manifestaba al pueblo una imágen suya en aquella gloria divina escondida bajo un velo; y por consecuencia debia haber visto las grandezas de la Madre del Salvador. ¿Y quién nos arrancaria la piadosa creencia de que

Dios comunicase en su oracion igual conocimiento á S. Joaquin con quien la Madre del Salvador tenia relaciones infinitamente mas estrechas?

El ayuno y la limosna se juntaron como en su centro en las almas de S. Joaquin y santa Ana: el ayuno con sus rigores y sus vigilias, sus vestidos pobres y austeros y demás prácticas de penitencia: la limosna con sus profusiones para alivio de los menesterosos y consuelo de los afligidos, y demás obras buenas en que los ejercitaba su caridad para con el prójimo, pues á este fin habian destinado la tercera parte de sus bienes. Y así no hay por que maravillarnos de que habiéndose unido en sus almas estas dos virtudes tan fecundas en obras buenas, les hayan dado aquella admirable fecundidad que produjo á la Madre de Dios.

La hospitalidad era una de las prácticas mas familiares á los antiguos patriarcas, y una de las que mas les merecian las bendiciones del cielo: ella principalmente fué en sentir de S. Ambrosio la que hizo nacer á Isaac de la vejez de Abraham y de la esterilidad de su esposa Sara. ¿Pero quién ejercitó la hospitalidad tan noblemente como S. Joaquin y santa Ana? Su casa fué albergue de peregrinos y forasteros y de cuantos se veian privados de todo auxilio humano. He aquí por qué merecieron como Abraham recibir á los ángeles del cielo. Pero cuando el mismo Hijo de Dios quiso hacerse peregrino en la tierra ¿nó tuvieron la suprema dicha de hospedarle en su casa de Nazaret que los reyes de la tierra desearian poseer, y mas particularmente en el precioso tabernáculo que le habian preparado? ¡Oh Dios, qué inmenso raudal de alegría cuando al fin de los siglos oigan que á ellos en particular se les dirigen aquellas amorosas palabras: *Hospes eram, et collegistis me:* yo era peregrino y vosotros me recibisteis en vuestra casa!